

Manuel Martínez  
Casanova

## Lo sociocultural en la acción comunitaria

**S**i de comunidades se trata no podemos dejar de considerar a estas desde una óptica sociocultural que nos permita no solo «entenderlas», sino estar en condiciones de contribuir al protagonismo y al autodesarrollo de las mismas como única alternativa que encierra, en el orden cultural, la posibilidad de hablar de desarrollo.

Desde el punto de vista sociocultural resulta indispensable tener en cuenta que una «comunidad» no puede ser concebida simplemente como un conglomerado humano que reside en un lugar determinado (barrio, poblado, etc.), lo que sería una manera reduccionista de entenderla.

Desde nuestro punto de vista la comunidad puede ser todo conglomerado humano (y, por tanto, es ante todo un grupo social determinado) con diversos condicionamientos que hacen que sus miembros compartan: participación en torno a tareas comunes, relaciones de cooperación y, sobre todo, implicación de las personas que integran la «comunidad» en todo ello.

A mayor nivel de este compartir, mayor definición, madurez y coherencia de la comunidad y, por tanto más eficientemente se expresan las características socioculturales que la identifican.

Estas características socioculturales compartidas que nos indican los niveles de coherencia de la comunidad de referencia, podríamos resumirlas en las siguientes:<sup>1</sup>

- Comunidad de códigos culturales.

<sup>1</sup> Manuel Martínez Casanova: «Una reflexión sobre cultura popular e identidad», Islas (130): 49-58, Santa Clara, 2001.

- Comunidad ceremonial.
- Comunidad de tradiciones.
- Autoidentificación comunitaria.

La comunidad de códigos culturales se configura por los modos de hacer y de pensar, ejecutados por cada pueblo de una manera específica, sobre la base de valores, criterios y puntos de vista codificados, asumidos por dicho grupo humano no solo como una vía para ser como es, sino para distinguirse a sí mismo, en cuanto grupo, de los demás.

Los códigos culturales son múltiples, pero resultan específicamente importantes entre ellos: el lenguaje y los modos de decir, las normas de convivencia y comportamiento social, las costumbres, la interacción familiar y grupal, así como el sistema de creencias, supersticiones y procederes mágico-religiosos. La no codificación de estos y otros aspectos de la vida del grupo impediría no solo el establecimiento de la comunicación sino la estabilidad que le es indispensable, ya que los códigos garantizan la capacidad de responder, con el «automatismo» necesario, a las alternativas que se presentan a cada uno de los integrantes del grupo y, por tanto, la existencia misma de este último.

Resulta increíble la repercusión de aspectos diversos, especialmente aquellos que muchos subvaloran o consideran «insignificantes», en los códigos culturales de una comunidad determinada. No importa cuán diversos sean, cuán diferentes puedan ser estos o cuán incomprensibles puedan parecer a aquellos que, desde fuera de la comunidad, se acercan a la misma.

Esto constituye un factor de extraordinaria importancia en las acciones interventivas socioculturales, especialmente en el trabajo comunitario, por cuanto el estudioso implicado no debe nunca olvidar que el sistema de códigos culturales de una comunidad, por «incoherente» que pueda parecerse, es lo suficientemente coherente como para convertir cualquier acción que se haga en y sobre la comunidad, pero desde el sentido que da otro sistema de códigos diferentes de los propios de la comunidad de referencia, en injerente, intrusista, hostilizante y destructiva, independientemente de las buenas intenciones con que pretendamos realizarla.

Ello obliga al implicado en cualquier proceso interventivo a concebir sus acciones no desde el punto de vista denominado

«etic»<sup>2</sup> (externo a la comunidad, que trata de entender los comportamientos y acciones de los miembros de esta usando como referentes los códigos que no son propios de ellos y por tanto prejuiciadamente, sin comprenderlos y sin descubrir sus interrelaciones socioculturales) sino desde un enfoque «emic» (cuando se «descubre» y utiliza el código cultural del otro, que es el que realmente tiene sentido en esa comunidad, lo que facilita la comprensión, la comunicación y la integración de las acciones en y con la misma).

En relación con este aspecto hace falta tener en cuenta, en el marco de cualquier proceso interventivo, que si de cambiar actitudes y comportamientos se trata, hay que lograr que esto sea el resultado del cambio en los aspectos codificadores de tal conducta o actitud. Por ello, si la intervención sociocultural es constructiva y se propone la transformación social de la comunidad o grupo de referencia, o se hace propiciando la actividad consciente de los integrantes de la misma, lo que sería lo único coherente con la gestión de propiciar el protagonismo comunitario y lograr, por tanto, que cualquier proceso de intervención para el desarrollo sea en realidad un proceso de autodesarrollo; o será impositivo, y por tanto mercenario y enajenante. Resulta indispensable entonces, lograr que las personas que integran la comunidad que pretendemos ayudar a transformar se conviertan en cuestionadores de la validez de sus propios códigos culturales en la medida en que estos puedan obstaculizar dichos cambios necesarios.

La comunidad de códigos culturales presupone la comunidad de tradición por cuanto no solo la repetición funcional, sino la transmisión «hereditaria» de tales códigos de unas generaciones a otras, sería la vía mediante la cual se fijan aquellos elementos que quedarán asumidos definitivamente. Es sin dudas la tradición la encargada de extender en el tiempo, de «cronificar», determinados modos de ser, hacer y pensar, y de esta forma, sin negar la dialéctica ineludible que marca todo andar, modular la continuidad de un grupo, comunidad, pueblo o nación determinados.

La tradición es el mecanismo conformador y trasmisor del sistema de códigos culturales y, por tanto, de la cultura misma. Esta es

<sup>2</sup> Gustavo Bueno: *Nosotros y Ellos*, Pentalfa Ediciones, Oviedo, 1995.

potencialmente conservadora pero, lejos de lo que algunos estudiosos reduccionistas creen, esta no es inmutable sino dinámica.

Resulta que, en el contexto de una misma tradición, se logra transmitir una variabilidad coherente de aspectos que hacen posible la diversidad de aspectos propios de toda cultura que nunca resulta homogénea.

Precisamente las nuevas exigencias de la vida y del andar de los diferentes grupos humanos concretos son las que modifican las tradiciones culturales, capaces, sin lugar a duda, de adecuarse a tales exigencias y por ello propiciar la supervivencia de los grupos de los cuales son patrimonio. Estos cambios en la tradición ocurren unas veces de modo imperceptible y otras violenta y traumáticamente. Al respecto resulta indispensable que, si de salud comunitaria se trata, los cambios en la tradición sean lo más coherentes y lo menos agresivos posibles, lo cual no siempre es realizable. Y he ahí otra situación en que resulta indispensable la concientización, por parte de la comunidad, de los cambios y sus efectos en la tradición cultural que se afecta. Si es consciente, si se tiene visión de la inevitabilidad del cambio y de la necesidad de modificar la forma tradicional de hacer, entonces la comunidad, sabia como nadie, podrá encontrar la vía menos traumática y efectiva del cambio.

Contribuir a ello con su gestión resulta la acción más coherente del estudioso implicado y comprometido en poner sus saberes al servicio del desarrollo de una comunidad determinada.

La comunidad ceremonial es otra faceta de los procesos humanos que resulta insoslayable en cualquier análisis dirigido a entender la identidad de los grupos sociales.

Cada acto humano, desde un simple apretón de manos o un gesto de saludo hasta la ejecución colectiva del drama de una boda o un funeral son ceremonias que requieren una secuencia de acciones, de una duración y de un sentido, con un margen establecido socialmente, de variables posibles.<sup>3</sup> La violación de cualesquiera de estos elementos convierte el acto en un sin sentido, en un disparate incomprensible para todos en el mejor de los casos, y causante de equívocos serios y preocupantes en otros.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> G. Bueno: «Ensayo sobre una teoría antropológica de las ceremonias», *El Basilisco* (16): 8-37, Oviedo, 1983-1984.

<sup>4</sup> P. Bourdieu: *Le sens pratique*, p. 381, Ed. Minuit, Paris, 1980.

Las ceremonias, entendidas así, son la cara visible de la cultura del grupo o comunidad. Estas, en su realización, son las que distinguen a un miembro de un colectivo de los que no lo son. En ello se evidencian los prejuicios, las limitaciones y los valores contenidos en la comunidad. Son estas precisamente las que nos indican cómo y con qué rapidez cambia esta última en los procesos interventivos. Los cambios ocurridos en esta dirección son generalmente espontáneos e inconscientes, por ser estos aspectos ceremoniales más sentidos que pensados, más vividos que proyectados. Pero si de desarrollo se trata, resulta indispensable que se propicie la reflexión crítica de la comunidad sobre sus ceremonias, única forma de lograr que estas cambien como resultado de la conducción protagónica y consciente que hace la comunidad en cuanto protagonista de su desarrollo.

Sin lugar a duda que esta concientización de los cambios resulta extraordinariamente difícil de proyectar por parte de los facilitadores y ejecutantes de la intervención. La práctica indica que no hay recetas prefijadas para ello, no obstante, o se logra esto o perdería todo sentido el hablar de desarrollo comunitario.

Por último, entre estas características socioculturales de interés, tenemos a la autoidentificación comunitaria. La misma es ante todo el resultado de la consolidación de los procesos anteriores, la «conciencia» de la identidad, aunque sea el resultado no de meditaciones y reflexiones teóricas, sino más bien, en la mayoría de los casos, una aceptación de la pertenencia individual al grupo y de la distinción de este de los otros grupos existentes. Es de esta forma, como conciencia de la «mismidad», el resultado más genuino y colectivo de la existencia social, incluidos los macroprocesos que tienen por referente y sujeto a las agrupaciones étnicas y las naciones, como a los menos extendidos y localizados que incluyen a comunidades y grupos, y a los cuales aportan su núcleo, su fuerza, su alma.<sup>5</sup>

Los recursos de la autoidentificación son increíbles y poseen una capacidad de potenciación extraordinaria. Así se toman figuras, naturales o artificiales, que sirven de «imagen» aprehensible

<sup>5</sup> C. de la Torre: «Conciencia de la mismidad: identidad y cultura cubana», revista Temas (2): 111-115, La Habana, 1995.

de idealizaciones generalmente aceptadas, pero difíciles de conceptualizar por los miembros de los grupos.

Una nación se representa por determinada bandera, un escudo, un himno, pero también por un ave, una flor o un árbol. Una comunidad puede identificarse o ser representada usando idénticos recursos. Animales o plantas emblemáticos que representan barrios, elementos naturales o culturales que sirven de referentes identitarios para una comunidad, especialmente para la realización de ciertas ceremonias (fiestas y actos) de convivencia social.

Todos estos elementos, aunque pueden estar presentes con diferentes grados de madurez y complejidad, son indispensables en la consolidación de cualquier configuración social y subrayan la significación extraordinaria que en ello tiene la cultura popular tradicional en cualquier enfoque sociocultural de lo comunitario. Son estos aspectos los que nos permiten actuar en una intervención sociocultural y los que nos indican los niveles de efectividad relativa que se van alcanzando en ella, en la medida en que se pueda apreciar, a través de los cambios ocurridos en los primeros, la mayor cohesión comunitaria, el mayor sentido de pertenencia de sus miembros, el grado de coincidencia de la autoidentificación comunitaria con la concientización de los problemas que los agobian y con la actuación por la solución de los mismos.

Desde este punto de vista la intervención sociocultural logra hacer énfasis en el autodesarrollo comunitario, cuando implica la actuación con y en las comunidades para favorecer la consolidación de:

- ! El autodesarrollo y protagonismo sociocultural consciente de dichas comunidades.
- ! La correspondencia de las acciones de las instituciones socioculturales presentes en el contexto de la comunidad y en interacción con la misma, con el desarrollo y el protagonismo comunitarios.

En este proceso hay que tener en cuenta la presencia decisiva de un factor de especial importancia en nuestro análisis: los gestores socioculturales. Preferimos usar el término gestor en su sentido de quien produce la gestación de algo y no, como lamentablemente algunos lo usan, como el que hace cierta gestión.

Este gestor no es necesariamente un líder por cuanto este último término se usa para identificar a personas que asumen roles dirigentes en determinados grupos y estructuras sociales. El verdadero gestor es ante todo promotor, facilitador, motivador de acciones colectivas. Su capacidad es sociocultural en la medida en que su actuar en un entorno social determinado genera acciones y por tanto criterios, concepciones y saberes colectivos diversos que se materializan en contextos culturales, deportivos, recreativos o cualquier otro de significación conformadora de identidad grupal o comunitaria. Una anciana que trasmite saberes artesanales a un grupo de niñas, una persona que, con habilidades profesionales o no, logra conformar un grupo de amigos que disfrutan de la música o del baile, o aquel que, amante del deporte, genera una peña deportiva o la conformación de un «equipo» deportivo determinado en la que se invierte beneficiosamente el tiempo libre de un grupo de miembros de la comunidad, son todos gestores socioculturales.

Estos pueden ser intracomunitarios (cuando se trata de individuos que, desde dentro de la comunidad y como miembro efectivo de esta actúa y al hacerlo contribuye a incrementar la participación-relación-implicación de los miembros con la comunidad y a fortalecer las características socioculturales de la misma) o extracomunitarios (cuando estos actúan dentro de la comunidad pero no pertenecen a la misma, tiene cierto sentido de contraparte para con ella, como sucede con figuras tales como el maestro, el médico, el trabajador social, etc., que, aunque no sean miembros de la comunidad propiamente, se integran fuertemente a los objetivos y características de la misma).

Resulta una tarea especialmente importante del colectivo que conduce el proceso de intervención, el lograr una identificación adecuada de los gestores socioculturales presentes e indispensables en su gestión, especialmente los intracomunitarios, que son los que más efectivamente inciden sobre las redes de relaciones internas de la comunidad y sobre el proceso de conformación de opiniones y puntos de vistas colectivos en la misma. Solo con la participación de estos es posible darle a la intervención el énfasis en el autodesarrollo comunitario que se pretende.

El trabajo con estos gestores, realizado a nivel individual o logrando formar con ellos grupos de reflexión y especialmente grupos gestores de acciones, resulta ser la vía más efectiva de

concientización del proceso transformador por parte de la comunidad. Las experiencias acumuladas nos indican que siempre nos sorprenderemos de cuánto talento y genialidad tienen estos gestores, y, por tanto, la comunidad, para asumir los retos de protagonizar su propio desarrollo.